

Job y el problema del sufrimiento humano

Maestro Arq. Jesús González Flores

El drama del sufrimiento humano

El libro de Job es uno de los libros más famosos de la literatura universal sobre un tema que nos apasiona a todos: el sufrimiento humano

¿Por qué existe el sufrimiento? ¿Cuál es la razón - si hay alguna - del sufrimiento y del dolor humano?

La humanidad vive un verdadero drama con situaciones trágicas que no logramos compaginar con la existencia de un Dios bueno, que nos ha creado y quiere lo mejor para nosotros.

¿Tendrá respuestas a todo esto el Libro poético de Job?

El autor del Libro busca responder a este gran problema, aunque quizás nadie en el mundo pueda darnos una respuesta totalmente satisfactoria.

Job es uno de los personajes de la Biblia más famosos. Es un personaje ficticio, en el cual están representados todos los inocentes que sufren.

Frecuentemente hablamos de Job, definiéndolo como modelo de “paciencia”, pero, haciendo honor a la verdad, creo que se le definiría más bien como “el impaciente Job”, porque busca, reclama y hasta exige respuestas claras y no sólo de quienes le rodean sino inclusive del mismísimo Yahvé. El Job “paciente”, que al principio acepta el sufrimiento, que no habla mal de Dios cuando lo pierde todo, se convierte en impaciente y rebelde, frente a una serie de desgracias y sufrimientos físicos y morales.

En realidad, bromeando, Job no lo perdió todo; perdió a sus hijos, sus bienes, su salud pero conservó a su mujer que lo incita a maldecir a Dios y a que se muera de una vez (¡Con este tipo de amigos, en los momentos más trágicos y desesperantes de la vida, para que queremos enemigos!). Lo digo con humor mexicano: ¿Cuál fue el colmo de la desgracia de Job? “haberlo perdido todo menos a su mujer...” (Job 1-2).

Este Job “paciente” termina transformándose en un personaje rebelde, impaciente y exigente. Al final acepta que no tiene razón cuando discute con Dios, y lo más importante es que logra un conocimiento nuevo de Dios: “yo te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos” (Job 42,5).

Un cuestionamiento del verdadero “rostro de Dios”

Lo que se plantea, en esta maravillosa obra, no es tal o cual sufrimiento, sino la posibilidad de compaginarlo con la existencia y la bondad de Dios. Mientras no cambie la imagen que tenemos de Él, no solucionamos nada.

La *doctrina de la retribución* (ver artículo en la Revista anterior) es la que predominó en el antiguo Israel, hasta que llegó el exilio; a partir de ese evento trágico de destrucción, guerra, sufrimiento y muerte, algunos iniciaron el planteamiento de la persona buena que sufre, cuestionando así la doctrina dogmática judía de la retribución. Iniciaba, de esta manera, el derrumbe de tal doctrina.

Nadie, claro está, se oponía abiertamente a este principio dogmático de la religión judía. Los amigos que acuden a consolar a Job - Elifaz, Bildad y Sofar - toman una actitud puramente dogmática religiosa y defienden a capa y espada, en tres rondas de discursos (Job 3-27) la doctrina de la retribución, tratando de convencer a Job de su pecado.

Esto los llevó a una serie de ideas erróneas sobre Dios, al intentar defenderlo “con mentiras e injusticias”, aferrándose a sus tradiciones. El debate termina en un fracaso absoluto. Los amigos no convencen a Job, pero tampoco ellos quedan convencidos de que este tenga la razón.

Job (o más bien el autor del libro) tiene la valentía radical de poner en tela de juicio a un incuestionable dogma del judaísmo que ya no correspondía con la realidad.

La misma perspectiva equivocada sobre Dios

Antes de que Dios responda, encontramos varios discursos de un personaje, más joven que los tres amigos, llamado Eliu (Job 32-37) que es introducido de esta manera:

“aquellos tres hombres dejaron de replicar a Job,
porque se tenía por justo.

Entonces montó en cólera Eliu,
hijo de Barakel el buzita, de la familia de Ram.

Su cólera se inflamó contra Job,
porque pretendía tener razón frente a Dios;
y también contra sus tres amigos,
porque no habían hallado ya nada que replicar
y de esa manera habían dejado mal a Dios.

Mientras hablaban ellos con Job,
Eliu se había mantenido a la expectativa,
porque eran más viejos que él.

Pero cuando vio que en la boca de los tres hombres
ya no quedaba respuesta, montó en cólera”. (32, 1-5)

Eliu vuelve al ataque defendiendo la postura dogmática de la retribución. Al ver el fracaso de sus compañeros, dice así:

“Soy pequeño en edad y ustedes son viejos;
por eso tenía miedo, me asustaba el declararles mi saber.

Me decía yo: hablará la edad, los muchos años enseñarán sabiduría...
no son sabios los que están llenos de años”. (Job 32, 6-8)

Tampoco Eliu, a pesar de su comienzo directo y bastante presumido, convence a Job sobre el hecho que Dios lo está castigando con la enfermedad por una culpa que el mismo Job había cometido. La doctrina según la cual Dios recompensa a los buenos y castiga a los malos no funciona, por lo menos en esta vida.

La respuesta de Dios

Al final Job no recibió respuestas satisfactorias de ninguno de los que intervinieron con sus discursos, por eso interpela al mismo Dios, reclamando al cielo una respuesta.

Dios, en sus dos largos discursos (Job 38-42, 6), da la razón a Job y no a los tres sabios amigos, ni al joven Eliu, que trataron de salvar la justicia de Dios y su forma de actuar,

pasando por alto que Dios no es definible por discursos intelectuales y abstractos, sino un *misterio*.

Los discursos enigmáticos de Dios resultan desconcertantes. No tratan el problema del mal, no dicen una palabra sobre el sufrimiento de Job. Sólo hablan del cielo, las estrellas, la lluvia, una serie de animales...etc. Algunos comentaristas dicen, al respecto, que “Dios sentó a Job tres horas con una clase de ciencias naturales”.

Si pensamos de tal manera, se nos escapa la enseñanza enigmática que el autor del libro de Job quiso transmitirnos.

La solución al mal y al sufrimiento humano - planteada por el autor - consiste en admitir que el mundo está en un proceso continuo de creación (“la creación no ha terminado”) y que el mal y el sufrimiento humano forman parte de ese proceso. Esta manera de formular la conclusión me recuerda una frase de Teilhar de Chardin (teólogo del siglo XX) que dice: “Jesucristo es el punto *omega* de la evolución cósmica”.

Por lo tanto, lo importante es lograr y tener una experiencia nueva de Dios, como misterio inagotable, unida a una experiencia nueva de lo que significa ser humanos, en un proceso de cambio y de mejora humana y espiritual.

La experiencia del dolor madura religiosamente a Job, que puede exclamar dirigido a Dios, como conclusión de su itinerario espiritual: “Yo te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos”.

Albrecht Durero nació en Alemania en 1471; murió en 1528. En el año 1503 realizó una pintura al óleo sobre tabla, titulada: “Job y su mujer”.

Es la parte lateral de un tríptico.

La mujer de Job vierte agua sobre su esposo para aliviarle el sufrimiento por su patología dermatológica.